

da en la oracion, en lugar de salir humilde y aprovechado, saldriais soberbio é hinchado; y de esotra manera andais siempre humillado y confundido, teniéndoos en menos que todos; y así, mejor camino es ese para vos y mas seguro, aunque vos no lo entendais: *Nescitis, quid petatis.* Matth. xx. No sabeis lo que pedís ni lo que deseais.

San Gregorio, *lib. 9 Mor. c. 7*, enseña una doctrina muy buena á este propósito, sobre aquello del capítulo ix de Job: *Si venerit ad me, non videbo eum: si abierit, non intelligam.* Si viniere el Señor á mí, no lo veré; y si se fuere y apartare de mí, no lo entenderé. Quedó, dice, el hombre tan ciego por el pecado, que no conoce cuándo se va acercando á Dios, ni cuándo se va alejando de él; antes muchas veces lo que piensa que es gracia de Dios, y que por allí se va allegando mas á él, se le convierte en ira, y le es ocasion de apartarse de él: y muchas veces lo que él piensa que es ira, y que se va alejando y olvidando Dios de él, es gracia y causa para que no se aparte de él; porque ¿quién viéndose en una oracion y contemplación muy alta, y muy regalado y muy favorecido de Dios, no pensará que se va allegando mas á Dios? Y muchas veces de esos favores viene uno á ensoberbecerse, y asegurarse y fiarse de sí; y por allí le hace caer el demonio, por donde él pensaba que su-

bia y se allegaba mas á Dios: y por el contrario, muchas veces viéndose uno desconsolado y afogado, viéndose con graves tentaciones, y muy combatido de pensamientos deshonestos, de blasfemias, y contra la fe, piensa que Dios está enojado con él, y que le va desamparando y apartándose de él, y entonces está mas cerca de él; porque con aquello se humilla mas y conoce su flaqueza, desconfía de sí, y acude á Dios con mayor brio y fortaleza, y pone en él toda su confianza, y procura nunca apartarse de él. De manera que no es mejor lo que vos pensais, sino el camino por donde el Señor os quiere llevar: ese habeis de entender que es el mejor, y el que mas os conviene.

Mas: esa misma amargura, y esa pena y dolor que vos sentís por pareceros que no teneis la oracion tan bien como era razon, puede ser otra razon de consuelo; porque es particular gracia y merced del Señor, y señal de que le amais, porque no hay dolor sin algun amor, no hay pésame de no servir bien, sin propósito y voluntad de servir bien; y así, esa pena y dolor, de amor de Dios nace, y de deseo de servirle mejor: si no se os diera nada de servirle mal, ni de tener mala oracion, ni de hacer las cosas mal hechas, fuera mala señal; pero sentir pena y dolor de pareceros que haceis eso mal, muy buena señal es: pero aplaque el sentimiento y dolor el

entender que en cuanto eso es pena, es voluntad de Dios, y conformaos con ella, y dadle gracias, que os deja andar deseoso de contentarle, aunque os parezca que son flacas las obras.

Y mas, aunque no hagais otra cosa en la oracion, sino asistir allí, y hacer presencia delante de aquella real y divina Majestad, servís en eso mucho á Dios: como acá vemos que es grande majestad de los reyes y príncipes de la tierra, que los grandes de su corte vayan cada dia á palacio, y asistan y hagan allí presencia: *Beatus homo, qui audit me; et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei.* Prov. c. viii. Á la gloria de la majestad de Dios, y á la bajeza de nuestra condicion, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio celestial: y cuando os abriere las puertas, dadle gracias por ello; y cuando no, humillaos, conociendo que no lo mereceis; y de esta manera siempre será muy buena y muy provechosa vuestra oracion. De todas estas cosas y otras semejantes nos habemos de ayudar para conformarnos con la voluntad de Dios en este desconsuelo y desamparo espiritual, aceptándolo con hacimiento de gracias, y diciendo (1): *Salve, amaritudo amarissima, omnis gratia*

(1) Fr. Barthol. de Martyr. Archiepisc. Bracharensis, in suo Compend. cap. 26.

*plena*: Dios te salve, amargura amarga y amarguísima, pero llena de gracias y de bienes.

#### CAPÍTULO XXVIII.

*Que es grande engaño y grave tentacion dejar la oracion por hallarse en ella de la manera dicha.*

De lo dicho se sigue que es grande engaño y grave tentacion, cuando uno, por verse de esta manera, viene á dejar la oracion, ó no persevera tanto en ella, pareciéndole que no hace allí nada, sino que antes pierde tiempo: esta es una tentacion con que el demonio ha hecho dejar el ejercicio de la oracion, no solo á muchos de los seglares, sino tambien á muchos religiosos; y cuando no puede quitarles del todo la oracion, hace que no se den tanto á ella, ni gasten tanto tiempo en ella, como pudieran. Comienzan muchos á darse á la oracion, y mientras hay bonanza y devocion, prosiguenla y continúanla muy bien; pero en viniendo el tiempo de sequedad y distraccion, paréceles que aquello no es oracion, sino antes nueva culpa, pues están allí delante de Dios con tanta distraccion y con tan poca reverencia; y así van poco á poco dejando la oracion, pareciéndoles que harán mas servicio á Dios entendiendo en otros



ejercicios y ocupaciones, que en estar allí de aquella manera: y como el demonio siente en ellos esta flaqueza, ayúdase de la ocasion, y dase tal priesa á traerles pensamientos y tentaciones en la oracion, para que les parezca aquel tiempo mal gastado, que poco á poco les hace dejar del todo la oracion, y con ella la virtud, y aun algunas veces mas adelante; y así sabemos que en muchos ha comenzado de aquí su perdicion; *Est amicus socius mensæ, et non permanebit in die necessitatis*, Eccli. vi, dice el Sábio: Gozar con Dios, no hay quien no lo quiera; mas trabajar y padecer por él, eso es señal de verdadero amor. Cuando hay consuelo y devocion en la oracion, no es mucho que perseveréis y os detengais muchas horas en ella; porque eso por vuestro contento y por vuestro gusto lo podeis hacer, y es señal que así lo haceis, si cuando os falta eso no perseverais. Cuando Dios envia desconuelos, sequedades y distracciones, entonces se prueban los verdaderos amigos, y se echan de ver los siervos fieles que no buscan su interés, sino puramente la voluntad y contento de Dios; y así entonces habemos de perseverar con humildad y paciencia, estando allí todo el tiempo señalado, y aun un poco mas, como nos lo aconseja nuestro Padre (1), para vencer con eso la tentacion, y mostrarnos fuertes y esforzados contra el demonio.

(1) S. Ignat. Exerc. spir. annot. 8.

Cuenta Paladio (1), que ejercitándose él en la consideracion de las cosas divinas, encerrado en una celda, tenia gran tentacion de sequedad, y grande molestia de pensamientos, y veníale á la imaginacion que dejase aquel ejercicio, porque era para él sin provecho: fuése al santísimo Macario Alejandrino, y contóle esta tentacion, pidiéndole consejo y remedio. Respondióle el Santo: Cuando esos pensamientos te dijeren que te vayas, y que no haces nada: *Dic ipsi cogitationibus tuis: Propter Christum parietes cellæ istius custodio*; dí á tus pensamientos: Aquí quiero estar guardando por amor de Cristo las paredes de esta celda; que fue decirle que perseverase, contentándose de hacer aquella santa obra por amor de Cristo, aunque no sacase mas fruto que este. Esta es muy buena respuesta para cuando nos viniere esta tentacion; porque el fin principal que habemos de pretender en este santo ejercicio, y la intencion con que habemos de llegar á él y ocuparnos en él, no ha de ser nuestro gusto y contento, sino hacer una obra buena y santa con que agrademos á Dios y le demos contento, y con que satisfagamos y le paguemos algo por lo mucho que le debemos, por ser quien es, y por los innumerables beneficios que de su mano habemos recibido; y pues él quiere y se agrada de que yo esté ahora aquí, aunque me

(1) Palladius, in Histor. Lausiaca.

parezca que no haga nada, yo me contento con eso.

De santa Catalina de Sena se cuenta (1), que por muchos dias estuvo desamparada de los consuelos espirituales, y no sentia el acostumbrado fervor de devocion; y sobre esto era muy molestada de pensamientos malos, feos y deshonestos, que no los podia echar de sí: mas no dejaba por eso su oracion, antes lo mejor que podia perseveraba en ella con gran cuidado, y hablaba consigo misma de esta manera: Tú, pecadora vilísima, no mereces consuelo ninguno. ¿Cómo? ¿No te contentarias con que no fueses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? Por cierto que no escogiste tú el servir á Dios para recibir de él consuelos en esta vida, sino para gozar de él en el cielo eternamente: levántate, pues, y prosigue tus ejercicios, y persevera en la fidelidad de tu Señor.

Pues imitemos estos ejemplos, y quedémonos con aquellas palabras de aquel Santo (2): «Tenga yo, Señor; por consolacion querer de grado carecer de todo humano consuelo; y si me faltare tu consolacion, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de gran consuelo.» Si llegamos á esto, que la voluntad y contento de Dios sea todo nuestro contento, de tal manera que el mismo carecer de

(1) Blos. cap. 4 Monil. spir.

(2) Thom. de Kempis.

todo consuelo sea nuestro contento, por ser esa la voluntad y contento de Dios, entonces será nuestro contento verdadero, y tal, que ninguna cosa nos le podrá quitar.

### CAPÍTULO XXIX.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

En las Crónicas de la Orden de santo Domingo se cuenta (1), que un Padre de los primeros de la Orden, despues de haber estado en ella algunos años con grande ejemplo de vida y gran limpieza de alma, no sentia ninguna manera de consolacion ni gusto en los ejercicios de la Religion, ni mirando, ni orando, ni contemplando, ni leyendo; y como siempre oia decir del regalo que Dios hacia á otros, y de los sentimientos espirituales que tenían, estaba medio desesperado, y como tal se puso á decir una noche en la oracion delante de un Crucifijo, llorando amargamente, estos desatinos: Señor, yo siempre he entendido que en bondad y en mansedumbre excedeis á todas vuestras criaturas: veisme aquí que os he servido muchos años, y he sufrido por vuestro respeto hartas tribulaciones, y de buena gana me he sacrificado á Vos solo; y si la cuarta parte del tiempo que ha que

(1) Fr. Henr. del Castillo, 1 part. lib. 1, cap. 60 Histor. Ord. Prædic.



os sirvo hubiera servido á un tirano, ya me hubiera mostrado alguna señal de benevolencia, si quiera con una buena palabra, ó con un buen rostro, ó con una risa; y Vos, Señor, ningun regalo me habeis hecho, ni tengo de Vos recibido el menor favor que soleis hacer á los otros. Siendo Vos la misma dulzura, sois para mí mas duro que cien tiranos. ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué quereis que pase así? Estando en esto oyó súbitamente un estruendo tan grande, como si toda la iglesia viniera al suelo, y en los desvanes habia tan temeroso ruido, como si millares de perros con los dientes estuvieran despedazando el enmaderamiento: de lo cual, como se asombrase, y temblando de miedo volviere la cabeza para ver qué sería, vió á sus espaldas la mas fea y horrible vision del mundo, de un demonio, que con una barra de hierro que tenia en la mano le dió tan gran golpe en el cuerpo, que cayendo de él en tierra, no pudo mas levantarse; pero tuvo ánimo para ir arrastrando hasta un altar que estaba allí junto, sin poder menearse de puro dolor, como si le hubieran descoyuntado á golpes. Cuando los frailes se levantaron á Prima, y le hallaron como muerto, sin saber la causa de tan súbito y mortal accidente, lleváronle á la enfermería, en donde por tres semanas enteras que estuvo con dolores gravísimos, era tan grande su hedor, y tan súcio y asqueroso, que en

ninguna manera podian entrar á curarle los religiosos, ni á servirle, sino tapándose primero las narices, y con otras muchas preveniciones. Pasado este tiempo, tomó algunas fuerzas; y en pudiendo tenerse en pié, quiso curarse de su loca presuncion y soberbia: y tornando al lugar donde habia cometido la culpa, buscó en él el remedio de ella, y con muchas lágrimas y humildad hacia su oracion bien diferente de la pasada: confesaba su culpa, conociase por indigno de bien alguno, y por muy merecedor de pena y castigo; y el Señor le consoló con una voz del cielo, que le dijo: Si quieres consolaciones y gustos, conviéntete ser humilde y reconocer tu bajeza, y entender que eres mas vil que el lodo, y de menos valor que los gusanos que huellas con los piés; y con esto quedó tan escarmentado, que de allí en adelante fue perfectísimo religioso.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos en el lib. 5, cap. 1, de su vida otro ejemplo bien diferente. Cuéntase, que mirando sus faltas, y llorándolas, decia que deseaba que en castigo de ellas Nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese mas cuidadoso y mas cauto en su servicio; porque era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él mas faltaba, y mas

deseaba ser castigado de esta manera, tanto el Señor era mas benigno y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita liberalidad: y así decia, que creia que no habia hombre en el mundo en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él; la primera es faltar tanto á Dios, y la otra es recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano.

De un siervo de Dios cuenta Bloasio (1), que le hacia el Señor grandes favores y regalos, dándole grandes ilustraciones, y comunicándole cosas maravillosas en la oracion; y él con su mucha humildad y deseo de agradar mas á Dios, pidióle que si él era servido, y se agradaba mas de ello, le quitase aquella gracia. Oyó Dios su oracion, y quitósele por cinco años, dejándole padecer en ellos muchas tentaciones, desconsuelos y angustias; y estando él una vez llorando amargamente, aparecióronsele dos Ángeles, queriéndole consolar, á los cuales él respondió: Yo no pido consuelo; porque me basta por consuelo que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

El mismo Bloasio cuenta (2), que dijo Cristo nuestro Señor á santa Brígida: Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado? Respondió ella: Porque soy afligida de unos pensamientos inútiles y malos, y no puedo echarlos de mí;

y angústiamelo mucho tu espantoso juicio. Entonces dijo el Señor: Esta es la verdadera justicia, que así como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad, así ahora te sean molestos y penosos varios y perversos pensamientos contra la tuya: empero has de temer mi juicio moderadamente, y con discrecion, confiando firmemente de continuo en mí, que soy tu Dios; porque debes tener por ciertísimo que los malos pensamientos á que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no puedes estorbarlos, súfrelos con paciencia, y hazles contradiccion con la voluntad; y aunque no les des consentimiento, con todo eso teme no te venga de ahí alguna soberbia, y caigas; porque cualquiera que está en pié, solamente le sustenta la gracia de Dios.

Dice Taulero, y tráelo Bloasio en el Consuelo de pusilánimes: Muchos, cuando les fatiga alguna tribulacion, me suelen decir: Padre, mal me tratan: no me va bien; porque soy fatigado con diversas tribulaciones y con melancolía. Yo respondo á quien me dice esto, que antes le va muy bien, y que se le hace mucha merced. Entonces dicen ellos: Señor, no; antes creo que por mis culpas me sucede esto. Á lo cual les digo yo: Ahora sea por tus pecados, ahora no, cree que esa cruz te la ha puesto Dios; y dándole gracias por ello, sufre y resignate todo en él. Dicen tam-

(1) Blo. cap. 10 Monil. spir.

(2) Blo. cap. 4 Monil. spir.



bien: Interiormente me consumo con la gran sequedad y tinieblas. Dígame yo: Amado hijo, sufre con paciencia, y hacerte han mas merced, que si anduvieses con mucha y grande devocion sensible.

De un gran siervo de Dios se cuenta que decia: Cuarenta años há que sirvo á Nuestro Señor y trato de oracion, y nunca he tenido en ella gustos ni consuelos; pero el dia que la tengo, siento despues en mí un aliento grande para los ejercicios de virtud; y en faltando en esto, ando tan caido, que no se me levantan las alas para cosa buena.

### CAPÍTULO XXX.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales.*

Así como habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, de cualquier manera que nos trate en la oracion; así tambien lo habemos de estar en todas las demás virtudes y dones de Dios, y en todas las demás ventajas espirituales. Mas, bueno es el deseo de todas las virtudes, y el andar suspirando por ellas, y procurándolas; pero de tal manera habemos de desear siempre ser mejores y crecer é ir adelante en la virtud, que tengamos paz, si no

llegáremos á lo que deseamos, que nos conformemos con la voluntad de Dios, y nos contentemos con ella. Si Dios no os quiere dar á vos una castidad angélica, sino que padezcáis graves tentaciones en eso, mejor es que vos tengáis paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en esa tentacion y trabajo, que andar inquieto y quejoso por no tener aquella puridad y limpieza de los Ángeles. Si Dios no os quiere dar tan profunda humildad como á un san Francisco, ni tanta mansedumbre como á Moisés y á David, ni tanta paciencia como á Job, sino que sintais movimientos y apetitos contrarios; bien es que andeis confundido y humillado, y tomeis de eso ocasion para teneros en poco; pero no es bien que andeis desasosegado y lleno de quejas y congojas porque nos os hace Dios tan paciente como á Job, ni tan humilde como á san Francisco. Es menester que nos conformemos tambien con la voluntad de Dios en estas cosas; porque de otra manera nunca tendríamos paz. Dice muy bien el P. M. Ávila (1): «No creo que ha habido Santo en este mundo que no desearse ser mejor de lo que era; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban ellos por su propia codicia, y que nunca dicen harto hay; mas por Dios, con cuyo repartimiento estaban contentos, aunque menos les diera, teniendo

(1) M. Ávila, cap. 23 de Audi, filia.

por amor verdadero el contentarse con lo que él les da, mas que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para mas servir á Dios.»

Pero dirá alguno: que parece que esto es decirnos que no debemos ser fervientes en desear ser mas y mas virtuosos y mejores, sino que todo lo habemos de dejar á Dios, así lo del alma, como lo del cuerpo; y así parece que es darnos ocasion para que seamos tibios y flojos, y que no se nos dé nada por crecer é ir adelante. Nótese mucho este punto, porque es de mucha importancia. Es tan buena esta réplica y objecion, que solo eso es lo que hay que temer en este negocio. No hay doctrina por buena que sea de que no pueda uno usar mal, sino la sabe aplicar como conviene; y así lo será esta, así en lo que toca á la oracion, como en lo que toca á las demás virtudes y cosas espirituales: por lo cual será menester que la declaremos y entendamos bien. No digo yo que no habemos de desear ser cada dia mas santos, y procurar imitar siempre á los mejores, y ser diligentes y fervientes en eso, que para eso venimos á la Religion, y si no hacemos eso, no seremos buenos religiosos; pero lo que os digo es, que así como en las cosas exteriores han de ser los hombres diligentes, pero no congojosos ni codiciosos, que eso dicen los Santos que es lo que Cristo nuestro Señor prohíbe en

el sagrado Evangelio: *Dico vobis: Ne solliciti sitis animæ vestræ, quid manducetis, neque corpori vestro, quid induamini*; Matth. vi: lo que reprende es la demasiada solitud, y la congoja y codicia de esas cosas; pero el cuidado competente y las diligencias necesarias no las quita, antes las manda, y nos las dió en penitencia: *In sudore vultus tui vesceris pane*. Genes. v. Es menester que pongan los hombres su trabajo y diligencia para comer; sino seria tentar á Dios. Pues de esa misma manera ha de ser en las cosas espirituales, y en el procurar las virtudes y dones de Dios; es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos en eso; pero de tal manera, que no nos quite esto la paz y la conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra parte; pero si con todo eso viéreis que no teneis cuanto quereis, no por eso os habeis de dejar caer en una impaciencia, que sea peor que la falta principal: y esto aunque os parezca que eso os viene por vuestra tibieza, que es lo que á muchos suele desconsolar. Procurad vos hacer buenamente vuestras diligencias, y si no las hiciéreis todas, y cayéreis en faltas, no os espanteis por eso ni desmayeis, que así somos todos: hombre sois, y no Ángel, flaco, y no santificado; y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria: *Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum*, Psalm. ciii; y no quiere que



desmayemos por eso (1), sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor, y procuremos andar con contento de dentro y de fuera; que mas vale que os levanteis presto con alegría, que dobla las fuerzas para servir á Dios, que no pensando que llorais vuestras faltas por Dios, desagradais al mismo Dios con servirle mal con el corazon y alas caidas y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Solo hay aquí que temer el peligro que habemos apuntado, que es, no se nos entre la tibieza, y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, so color de decir: Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de la mano de Dios, yo no puedo mas: y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que decimos de la oracion (2): no se os solape ahí tampoco la pereza con ese color; pero cerrado este portillo, y haciendo vos buenamente lo que es de vuestra parte, mas agrada á Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezas demasiasdas que algunos traen, por parecerles que no crecen tanto en virtud y perfeccion como querrian, ó que no pueden entrar tanto en la oracion; porque este negocio de la oracion y perfeccion no se alcanza por descontentos, ni á puñadas, sino que Dios lo da á quien

(1) Part. 2, tractat. 6, cap. 9.

(2) Cap. 24 et seq.

él quiere y cómo quiere, al tiempo que él es servido: y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al cielo; y no habemos de desesperar nosotros, porque no somos de los mejores, ni aun por ventura de los medianos, sino debémosnos conformar con la voluntad de Dios en todo, y dar gracias á Nuestro Señor porque nos dió esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia: y si no alcanzáremos á estar sin faltas, demos gracias á Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas; y ya que no vamos al cielo por la alteza de virtudes, como algunos van, contentémonos con ir allá por el conocimiento, y por la penitencia de nuestros pecados, como otros muchos van. Dice san Jerónimo (1): Ofrezcan todos en el templo del Señor, cada uno segun su posibilidad, unos oro, plata y piedras preciosas, otros seda, carmesies, púrpuras y brocados; á mí básteme si ofreciere para el templo pelos de cabras, y pieles de animales. Pues ofrezcan los otros á Dios sus virtudes y obras heróicas y excelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas; á mí básteme ofrecer á Dios mi bajeza, conociéndome y confesándome por pecador, y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Majestad como pobre y necesitado; y conviene alegrar en esto el corazon, y agradecersele á

(1) Hieron. in prologo galeato.

Dios, porque no nos quite tambien esto que nos ha dado, como á desagradecidos.

San Buenaventura, Gerson y otros (1) añaden aquí un punto, con que se confirma bien lo dicho: dicen que muchas personas sirven mas á Dios con no tener la virtud y recogimiento, y deseirlo, que si lo tuviesen; porque con aquellos viven con humildad, y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar é ir adelante, acudiendo á menudo á Dios; y con esotro por ventura se ensoberbecieran, ó se descuidaran y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya tenian lo que habian menester, y no se animarian á trabajar por mas. Esto he dicho, para que hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando la perfeccion; y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados ni congojados por lo que no podemos alcanzar, ni está en nuestra mano; porque eso, dice muy bien el Padre maestro Ávila, tom. 2. *Epist. fol. 31*, que no seria sino estar penados porque no nos dan alas para volar por el aire.

(1) Bonaventur. opuscul. de profectu Religios. lib. 7, cap. 33; Gerson, tractat. de Monte contempl.; Fr. Barthol. de Martyr. Archiep. Bracharensis, in suo Compend. part. 2, 35.

### CAPÍTULO XXXI.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria.*

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino tambien en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ajeno de su interés, aun en estas cosas, que mas se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios, que de todo cuanto él podia interesar. «Esta es muy grande perfeccion, como dice aquel Santo (1), no buscar uno su interés en lo poco ni en lo mucho, ni en lo temporal ni en lo eterno: y da la razon; porque tu voluntad, Señor, y el amor de tu honra debe sobrepujar todas las cosas; y mas se debe consolar y contentar con eso, que con todos los beneficios recibidos, ó que puede recibir.»

Este es el contento y gozo de los bienaventurados. (2) Mas se alegran los Santos en el cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios, y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen y la buena suerte que les cupo no la quieren tanto por el provecho que á ellos les viene, y por el con-

(1) Thom. de Kempis.

(2) Tractat. 3, cap. 14.